

Solemnidad de la Ascensión del Señor Pascua A2023

Hoy celebramos la Ascensión de nuestro Señor al cielo. La Ascensión es la coronación de los misterios pascuales, pues si Dios resucitó a nuestro Señor de entre los muertos, fue para que esté sentado a su diestra en el cielo. Como las dos caras de una misma moneda, la Resurrección y la Ascensión son la celebración del mismo misterio de la glorificación de nuestro Señor a la diestra del Padre. La Ascensión es el inicio del camino y de la misión de la Iglesia en respuesta a la recomendación de nuestro Señor de llevar la Buena Noticia de salvación a todo el mundo.

El testimonio de San Pablo tal como se encuentra en la Carta a los Efesios combina en un solo movimiento la resurrección y la Ascensión de nuestro Señor. Como dice San Pablo, Dios ha ejercido su gran poder al resucitar a Jesús de entre los muertos. Lo sentó a su derecha en los cielos, muy por encima de todos ángeles, principados, potestades, virtudes y dominaciones, y por encima de cualquier persona, no sólo del mundo actual sino también del futuro. Todo lo puso bajo sus pies y a el mismo lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, y la plenitud del que consume todo en todo.

El misterio de la Ascensión de nuestro Señor no es un acontecimiento que podamos comprender intelectualmente, sino en la fe. Por eso san Pablo nos apela a que pidamos al Padre de nuestro Señor Jesús que nos dé su Espíritu de sabiduría y de revelación para que lleguemos a conocerle verdaderamente. Así, los ojos de nuestro corazón serán iluminados para que conozcamos la esperanza de nuestro llamado, la rica gloria de nuestra herencia y la grandeza de su poder que está sobre todo. Entonces, comprenderemos que Cristo, que ha ascendido al cielo, está siempre con nosotros ahora, y vendrá de nuevo al final de los siglos.

El testimonio que encontramos en los Hechos de los Apóstoles pone un espacio de cuarenta días entre la resurrección de nuestro Señor y su Ascensión al cielo. Este período de cuarenta días es como un tiempo de iniciación donde nuestro Señor fue preparando a sus discípulos a la realidad de la misión que les iba a dejar antes de ascender a su Padre. Durante esos días, el Señor preparó también a los discípulos para la recepción del Espíritu Santo y consolidó los sacramentos ya instituidos, como en el caso de los discípulos de Emaús que lo reconocieron al partir el pan.

El evento de la Ascensión como lo recuerda Lucas, comienza con un relato de la vida de nuestro Señor desde su comienzo, su muerte y su resurrección. La promesa de nuestro Señor del Espíritu Santo tiene como objetivo hacer de los discípulos los testigos que defenderán la verdad del Evangelio y darán testimonio de él en todo el mundo, comenzando por Jerusalén, Judea y Samaria. La presencia del Espíritu Santo es la garantía de la presencia eterna de nuestro Señor hasta el fin de los tiempos.

La Ascensión al cielo no significa que nuestro Señor nos haya dejado solos. Él no se ha ido lejos de nosotros. Él todavía está con nosotros, pero de una manera diferente. Antes de la resurrección, nuestro Señor solo podía ser visto en un lugar a la vez. Solo podía hablar con las personas que estaban con él en ese momento. Ahora se eliminan todas las limitaciones de tiempo, espacio y mundo material para que, por el poder del Espíritu Santo, él esté perpetuamente presente en la Iglesia y entre nosotros hasta que vuelva.

Sin embargo, el hecho de que nuestro Señor venga de nuevo no significa que sepamos la hora y el tiempo en que regresará. Ni siquiera podemos especular al respecto. En

verdad, de nada sirve saber los tiempos o las estaciones del regreso de nuestro Señor. Este es un secreto cuya llave del conocimiento está en manos del Padre. Lo importante, para nosotros, es estar preparados espiritualmente para que cuando llegue el día, nuestro Señor nos encuentre preparados. Como dice nuestro Señor en los Hechos: “A ustedes no les toca conocer el tiempo y la hora que el Padre ha determinado con su autoridad”.

Esta es una advertencia para cada uno de nosotros porque a la gente le gusta predecir el fin del mundo interpretando los eventos que suceden en el mundo y en la naturaleza. El drama de nuestra generación es que porque sabemos muchas cosas, la gente no quiere confesar su ignorancia con respecto al regreso de nuestro Señor. Y, sin embargo, existe una gran brecha entre la mente de Dios y la nuestra.

Por cierto, nuestro Señor subió al cielo, pero nosotros, que quedamos en la tierra, tenemos el deber de transformar el mundo en su nombre. Entonces, entendemos el comentario de los ángeles a los discípulos: “Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo”?

Nuestro Señor no se encuentra en el cielo. Tenemos que encontrarlo aquí en nuestros compromisos en el mundo y en las actividades ordinarias de la vida. La mirada al cielo es la actitud de pasividad y desinterés hacia las cosas del mundo. En lugar de mirar al cielo, tenemos que comprometernos a transformar este mundo en nombre de nuestra fe en Jesús y hacerlo un lugar mejor para las generaciones venideras.

Esto explica la importancia de la misión que nuestro Señor nos ha dejado a nosotros y a toda la Iglesia: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado”.

Tenemos la misión de llevar la buena noticia del reino de Dios a los demás, decirles que Dios les ama y quiere que se salven en su hijo Jesucristo. La Iglesia tiene el deber de bautizar en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y no en el nombre de algo o alguien más. Por nuestro bautismo declaramos nuestra pertenencia al pueblo de Dios al manifestar públicamente nuestra intención de convertirnos y cambiar nuestras vidas según las enseñanzas de Jesús, para nuestra salvación eterna.

La misión que fue dada a los discípulos nos es dada hoy. Como Jesús fue enviado por el Padre para llevar el mensaje de salvación al mundo, nos confía este anuncio. Tenemos que hacer presente a Cristo en el mundo ya los demás, cada uno según su vocación. Tenemos que continuar la obra de evangelización en el mundo para que la gente pueda llegar a conocer a Jesús y recibir su salvación. A nosotros nos corresponde, pues, hacer crecer la Iglesia y hacer que la palabra de Jesús produzca frutos durables en la vida de quienes lo acogen. ¡Bendiciones para todos ustedes y bona Fiesta!

Hechos 1: 1-11; Efesios 1: 17-23; Mateo 28: 15-20



Fecha de la Homilía: el 21 de Mayo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230521homilia.pdf